

Pasión por leer

LECTURAS PARA EL VERANO

LOS FRUTOS DEL VERANO

LUISA VALENZUELA



Estoy en la plaza del mercado y pregono mi mercadería. Ella viene a reconvenirme, justamente a mí, que nunca pisé el convento. Viene hacia mí y me dice: Cuidate m'hijita. Y yo como si no la oyera sigo gritando Acérquense, toquen, toquen, palpen con ganas, nunca encontrarán más bellos, más turgentes. Tengo los brazos en jarra y la vista fija en los pomelos. A ella no la miro y ella sigue increpándome: Ese no es el camino, m'hija, el pregón es otro, todo lo que dices envilece al mercado, pertenece a otra parte, está mal dicho.

Y yo como si nada, insisto: Aquí encontrará la más roja de las carnes, la piel más suave. Hago referencia a los tomates, claro está, los frutos del verano. Ella en mí sólo reconoce una semilla aviesa, ni se fija en los frutos.

Vi abrirse el gran portón del convento en la otra punta de la plaza del mercado y la vi salir y supe sin tener por qué saberlo que esta única, increíble transgresión a su ley de clausura me estaba dedicada. Qué calamidad. Yo que no me meto con nadie, sólo miro y a veces pregono. Las demás vendedoras también miran y pregonan también pero según parece yo lo hago con mayor intensidad y mejores resultados. No por eso más fuerte. Ella, que nunca sale del convento, salió para encararme ¿todavía le quedan esperanzas? Fui la única que le escapé sin realmente escaparme, simplemente no prestando atención a sus palabras. Dicen que sus palabras eran radiantes como el sol del verano y reverberaban sobre la nieve. Eso fue un invierno. Parece que las demás se acurrucaron al calor de esas palabras –salvación, decía, según parece, y amor eterno– y se dejaron entrapar para siempre. Yo estaba en otra cosa. Esperaba palabras con otro calor adentro, no un calor de rigidez sino un calor cambiante, titilante. Y sólo me decían palabras de colores y me hablaban de fuegos de artificio a los que yo muchas veces me sumaba. El color de ella era

blanco, qué aburrido. Yo ahora pregono el dulzor de mis frutas, su encendida pulpa. En esta plaza del mercado, casi un soco, donde todo se atiborra y se abigarra, yo pretendo que mi puesto sea distinto y mi mercadería especial, por eso ella me busca. Después de haberme dejado olvidada por los años de los años ahora se digna instalarse frente a mí para recriminarme. Esto no se dice, no debe ser dicho, me previene, y yo sé muy bien lo que puede y lo que debe ser dicho bajo ese toldo que protege mi puesto, entre perfumados mangos y guayabas. Las más dulces y las más fragantes, para derretirse en la boca, para la especial caricia de la lengua. Una pulpa exquisita. La delicuescencia, el placer del olfato. Huelan, acaricien, prueben. El que prueba se lo lleva. Y para ella mascullo entre dientes Usted pretende saber lo que de verdad se dice, eso no existe. Son pura leche, grito, mientras ofrezco un par de cocos. Bien peludos.

Ella pega media vuelta, y sin disimular su furia desanda el camino andado. Por mi causa ha salido del convento y al convento vuelve por mi efecto. Toda de blanco, su pelo también blanco. No le tiro los cocos que tengo en cada mano, le tiro las palabras que quizá vino a buscar sin confesárselo. ¡Arrastrada! Le grito. Traidora, peor que mala perra, le grito, y todo el mercado se pone en mi contra porque la cree una santa. Miren qué pulpa, qué jugos, qué tersura, quisiera gritar y no me sale. Ladrona, ladrona, grito entonces y el epíteto la alcanza justo cuando está por entrar al convento y entonces nunca más. Pero justo antes de que el portón se cierre tras sus pasos alcanzo a gritarle ¡Tuna llena de espinas, papaya seca! Y puedo reintegrarme así al mercado y los frutos del verano me sonríen.

En *Peligrosas palabras*. Temas Grupo Editorial.

EL ECLIPSE AUGUSTO MONTERROSO

Cuando fray Bartolomé Arrazola se sintió perdido aceptó que ya nada podría salvarlo. La selva poderosa de Guatemala lo había apresado, implacable y definitiva. Ante su ignorancia topográfica se sentó con tranquilidad a esperar la muerte. Quiso morir allí, sin ninguna esperanza, aislado, con el pensamiento fijo en la España distante, particularmente en el convento de los Abrojos, donde Carlos Quinto condescendiera una vez a bajar de su eminencia para decirle que confiaba en el celo religioso de su labor redentora.

Al despertar se encontró rodeado por un grupo de indígenas de rostro impasible que se disponían a sacrificarlo ante un altar, un altar que a Bartolomé le pareció como el lecho en que descansaría, al fin, de sus temores, de su destino, de sí mismo.

Tres años en el país le habían conferido un mediano dominio de las lenguas nativas. Intentó algo. Dijo algunas palabras que fueron comprendidas.

Entonces floreció en él una idea que tuvo por digna de su talento y de su cultura universal y de su arduo conocimiento de Aristóteles. Recordó que para ese día se esperaba un eclipse total de sol. Y dispuso, en lo más íntimo, valerse de aquel conocimiento para engañar a sus opresores y salvar la vida.

–Si me matáis –les dijo– puedo hacer que el sol se oscurezca en su altura.

Los indígenas lo miraron fijamente y Bartolomé sorprendió la incredulidad en sus ojos. Vio que se produjo un pequeño consejo, y esperó confiado, no sin cierto desdén.

Dos horas después el corazón de fray Bartolomé Arrazola chorreaba su sangre vehemente sobre la piedra de los sacrificios (brillante bajo la opaca luz de un sol eclipsado), mientras uno de los indígenas recitaba sin ninguna inflexión de voz, sin prisa, una por una, las infinitas fechas en que se producirían eclipses solares y lunares, que los astrónomos de la comunidad maya habían previsto y anotado en sus códices sin la valiosa ayuda de Aristóteles.

En *Cuentos breves latinoamericanos*.
Co-edición latinoamericana Aique-Norma.

"Este suplemento es una invitación a la lectura a través de pequeños textos, para que leer sea cada vez más un placer compartido por toda la población, donde quiera que se encuentre.
Para que todos puedan sentir la misma pasión por leer"



H 0022628

Campaña Nacional de Lectura



EL MARICA

ABELARDO CASTILLO

Escuchame, César, yo no sé por dónde andarás ahora, pero cómo me gustaría que leyeras esto, porque hay cosas, palabras, que uno lleva mordidas adentro y las lleva toda la vida, hasta que una noche siente que debe escribirlas, decirselas a alguien, porque si no las dice van a seguir ahí, doliendo, clavadas para siempre en la vergüenza. Escuchame.

Vos eras raro, uno de esos pibes que no pueden orinar si hay otro en el baño. En la laguna, me acuerdo, nunca te desnudabas delante de nosotros. A ellos les daba risa. Y a mí también, claro; pero yo decía que te dejaran, que cada uno es como es. Cuando entraste a primer año venías de un colegio de curas; San Pedro debió de parecerse algo así como Brodignac. No te gustaba trepar a los árboles ni romper faroles a cascotazos ni correr carreras hacia abajo entre los matorrales de la barranca. Ya no recuerdo cómo fue, cuando uno es chico encuentra cualquier motivo para querer a la gente, sólo recuerdo que un día éramos amigos y que siempre andábamos juntos. Un domingo hasta me llevaste a Misa. Al pasar al café, el colorado Martínez dijo, con voz de flauta, adiós, los novios. A vos se te puso la cara como fuego y yo me di vuelta putéandolo y le pegué tan tremendo sopapo, de revés, en los dientes, que me lastimé la mano.

Después, vos me la querías vendar. Me mirabas.

—Te lastimaste por mí, Abelardo.

Cuando dijiste eso, sentí frío en la espalda. Yo tenía mi mano entre las tuyas y tus manos eran blancas, delgadas. No sé.

Demasiado blancas, demasiado delgadas.

—Soltame —dije.

O a lo mejor no eran tus manos, a lo mejor era todo, tus manos y tus gestos y tu manera de moverte, de hablar. Yo ahora pienso que en el fondo a ninguno de nosotros le importaba mucho, y alguna vez lo dije, dije que esas cosas no significaban nada, que son cuestiones de educación, de andar siempre entre mujeres, entre curas. Pero ellos se reían, y uno también, César, acaba riéndose, acaba por reírse de macho que es y pasa el tiempo y una noche cualquiera es necesario recordar, decirlo todo.

Yo te quise de verdad. Oscura e inexplicablemente, como quieren los que todavía están limpios. Eras un poco menor que nosotros y me gustaba ayudarte. A la salida del colegio íbamos a tu casa y yo te explicaba las cosas que no comprendías. Hablábamos. Entonces era fácil escuchar, contarte todo lo que a los otros se les calla. A veces me mirabas con una especie de

perplejidad, una mirada rara, la misma mirada, acaso, con la que yo no me atrevía a mirarte. Una tarde me dijiste.

—Sabés, te admiro.

No pude aguantar tus ojos. Mirabas de frente, como los chicos, y decías las cosas del mismo modo. Eso era.

—Es un marica.

—Qué va a ser un marica.

—Por algo lo cuidás tanto.

Supongo que alguna vez tuve ganas de decir que todos nosotros juntos no valíamos ni la mitad de lo que él, de lo que vos valías, pero en aquel tiempo la palabra era difícil y la risa fácil, y uno también acepta —uno también elige—, acaba por enroñarse, quiere la brutalidad de esa noche cuando vino el negro y habló de verle la cara a Dios y dijo me pasaron un dato.

—Me pasaron un dato —dijo—, por las Quintas hay una gorda que cobra cinco pesos, vamos y de paso el César le ve la cara a Dios.

Y yo dije macanudo.

—César, esta noche vamos a dar una vuelta con los muchachos. Quiero que vengas.

—¿Con los muchachos?

—Sí, qué tiene.

Porque no sólo dije macanudo sino que te llevé engañado. Vos te diste cuenta de todo cuando llegamos al rancho. La luna enorme, me acuerdo. Alta entre los árboles.

—Abelardo, vos lo sabías.

—Callate y entrá.

—¡Lo sabías!

—Entrá, te digo.

El marido de la gorda, grandote como la puerta, que nos miraba como si nos midiera. Dijo que eran cinco pesos. Cinco pesos por cabeza, pibes. Siete por cinco, treinticinco. Verle la cara a Dios, había dicho el negro. De la pieza salió un chico, tendría cuatro o cinco años. Moqueando, se pasaba el revés de la mano por la boca, nunca en mi vida me voy a olvidar de aquel gesto. Sus piecitos desnudos eran del mismo color que el piso de tierra.

El negro hizo punta. Yo sentía una pelota en el estómago, no me animaba a mirarte. Los demás hacían chistes brutales, anormalmente brutales, en voz de secreto; todos estábamos asustados como locos. A Aníbal le temblaba el fósforo cuando me dio fuego.

—Debe estar sucia.

Cuando el negro salió de la pieza venía sonriendo, triunfador, abrochándose la bragueta.

Nos guiñó un ojo.

—Pasá vos.

—No, yo no. Yo después.

Entró el colorado; después entró Aníbal. Y cuando salían, salían distintos. Salían hombres. Sí, ésa era exactamente la impresión que yo tenía.

Entré yo. Cuando salí vos no estabas.

—Dónde está César.

—Disparó.

Y el ademán —un ademán que pudo ser idéntico al del negro— se me heló en la punta de los dedos, en la cara, me lo borró el viento del patio porque de pronto yo estaba fuera del rancho.

—Vos también te asustaste, pibe.

Tomando mate contra un árbol vi al marido de la gorda; el chico jugaba entre sus piernas.

—Qué me voy asustar. Busco al otro, al que se fue.

—Agarró pa ayá —con la misma mano que sostenía la pava, señaló el sitio. Y el chico sonreía. Y el chico también dijo pa ayá.

Te alcancé frente al Matadero Viejo; quedaste arrinconado contra un cerco. Me mirabas. Siempre me mirabas.

—Lo sabías.

—Volvé.

—No puedo, Abelardo, te juro que no puedo.

—Volvé, animal.

—Por Dios que no puedo.

—Volvé o te llevo a patadas en el culo.

La luna grande, no me olvido, blanquísima luna de verano entre los árboles y tu cara de tristeza o de vergüenza, tu cara de pedirme perdón, a mí, tu hermosa cara iluminada, desfigurándose de pronto. Me ardía la mano. Pero había que golpear, lastimar, ensuciarte para olvidarse de aquella cosa, como una arcada, que me estaba atragantando.

—Bruto —dijiste—. Bruto de porquería. Te odio. Sos igual, sos peor que los otros.

Te llevaste la mano a la boca, igual que el chico cuando salía de la pieza. No te defendiste.

Cuando te ibas, todavía alcance a decir:

—Maricón. Maricón de mierda.

Y después lo grité.

Escuchame, César es necesario que leas esto. Porque hay cosas que uno lleva mordidas, trampeadas en la vergüenza toda la vida, hay cosas por las que uno, a solas, se escupe la cara en el espejo. Pero, de golpe, un día necesita decir las, confesárselas a alguien. Escuchame.

Aquella noche, al salir de la pieza de la gorda, yo le pedí, por favor, no se lo vaya a contar a los otros.

Porque aquella noche yo no pude. Yo tampoco pude.

En *Las otras puertas* de Seix Barral.

El día de los panaderos de Laura Devetach

Dicen que una leyenda es algo que sucedió allá por el año verde, o en las épocas del Botón Bumbula. Sin embargo voy a contar una historia que pasó en estos últimos meses y que, seguro, algún día rodará por allí como una leyenda.

Todo empezó cuando Pirulo se puso la vieja campera azul para ir a la escuela. Hacía tiempo que no la usaba. Y no se acordaba para nada de lo que había guardado en los bolsillos.

Un día en el que salió de aventuras con Pierino, su primo que estaba en séptimo, Pirulo las encontró. Colgaban de una planta y le llamaron mucho la atención.

Eran los frutos. Muchas vainas gorditas que se balanceaban. Parecían hechas de tela, un adorno en medio del enjambre de hojas.

Pirulo sacó un montón y las guardó en los bolsillos de la campera, que quedaron pegoteados por la leche que despedían los tallos.

Esta mañana de Buenos Aires estaba bien fría. Pirulo, peinado y convertido en Juan Carlos Chicle, aspiró el olor del pan caliente y del café. Tomó el desayuno con ganas, pero no fue suficiente para entrar en calor. Necesitaba el abrigo de la vieja campera azul. Y se la puso. Le dio alegría reencontrarse con la campera de Pirulo. Ahora le quedaba corta de mangas, pero no importaba. Juntos se fueron a la escuela.

Entonces empezó a suceder. Salieron de a uno, como inseguros. Después, a borbotones. De golpe, todo fue una nube de panaderos.

Salían y salían de las vainas ya secas que estaban en los bolsillos de la campera azul. Hicieron una peluca espumosa alrededor de la cabeza de Juan Carlos Chicle, y de tanto dar vueltas le tejieron una especie de mareo.

Todo esto pasó en la escuela, en un grado nuevo. Juan Carlos apenas empezaba a conocer a la señorita Sonia y, como todos, miraba de lejos a la señora de Orellano, que tenía fama de ser una directora muy recta y que no se reía nunca.

-En la escuela de la señora de Orellano no se juega -eso decían en el barrio.

La cuestión es que estaban en el aula, y Juan Carlos respiraba y los panaderos volaban montados en su respiración, rozando caras y bocas que empezaron a reírse.

Juan Carlos caminaba y los panaderos daban vueltas de planetas

atolondrados a su alrededor. Y entonces él sentía que todos lo miraban, como si fuera el sistema solar completo.

De pronto cada chico fue un sol y la señorita Sonia también fue un sol. Cada cual con sus planetas, que seguían saliendo de los bolsillos.

Los chicos y las chicas quisieron cazar a los panaderos. Pero ellos no se dejaban. No se dejan. Se elevan con una burla de pelusa para posarse donde se les da la gana.

Las cosas se complicaron cuando sonó el timbre del recreo y alguien abrió la puerta. Los panaderos salieron al patio y envolvieron en su vuelo a los demás chicos y a las maestras y al portero.

El patio era un baile increíble. Cuando sonó el timbre del final del recreo, ¿quién lo podía parar?

Entonces apareció la señora de Orellano.

Estaba firme en la galería tratando de decir algo, con los brazos extendidos, en medio del bochinche. Cuando la señora de Orellano quería silencio, se quedaba inmóvil, con los brazos extendidos.

Los chicos se fueron tranquilizando hasta quedarse quietos. Pero los panaderos no.

Entonces dicen que alguien empezó a soplar (¿Pirulo?)... Otros dicen que fue el viento, vaya a saber.

Lo cierto es que los panaderos, en tropilla, empujados, rodearon a la señora de Orellano. Se le prendieron en el peinado, le hicieron cosquillas en la nariz, y uno se le posó en la punta del dedo índice justo en el momento en que ella quería decir que en esa escuela no se juega.

Eso se cuenta.

Fue entonces que a la señora de Orellano, de a poquitito, le dio el ataque de risa. Se miraba el dedo y se reía, lo mostraba como si mostrara a un pájaro enano y se reía. A lo mejor queriendo decir: "¡Qué le vamos a hacer! ¡Son cosas de panaderos!".

Y cuentan también que de pronto un pañuelo se agitó en el aire (¿Pirulo?) y después otro y otro. Y así se inventó un viento en el patio de la escuela, aquel día. Un viento que los llevó a todos a la calle. Salvo una o dos personas de la escuela, todos los demás giraban en la plaza con los panaderos. Fue memorable.

Cuentan los vecinos que se preguntaron extrañados:

-¿Habrá fiesta hoy en la escuela? ¿No estará la señora de Orellano para que todos anden en la calle?... ¡Pero sí, ahí está la señora de Orellano! ¿Qué pasa?

Los chicos, las maestras y la señora de Orellano despidieron a los panaderos.

Algunos se posaron sobre la tierra de la plaza y dejaron sus semillas. Después, más livianos, se fueron.

Juan Carlos Pirulo sembró algunas, que ya brotaron. No las pierde de vista. Don Sandalio cuida las plantas.

En el barrio se habla también de lo cambiada que está la escuela y su gente desde el día de los panaderos.

Hay gente a favor y gente en contra. Por todo esto que pasó digo que, alguna vez, esta aventura va a ser leyenda.



En La plaza del piolín de Editorial Alfaguara.

Rulos

Margarita Mainé

Nicolás es hermano de Ana. Ana es la hija de Laura. Laura es la esposa de José y la hermana de Clara.

Nicolás, José, Laura y Clara tienen el pelo llenísimo de rulos tan pequeños que los peines se esconden cuando ellos entran al baño.

Ana tiene el pelo lisito como la abuela María, la mamá de Laura, que vive en Mendoza.

Para que los rulos no puedan asomar Nicolás usa gorro y José, el pelo muy corto.

Laura se compró una planchita de peluquería y se levanta una hora antes a la mañana para dejarse el pelo lisito como el de Ana.

Clara se pone cinco hebillas para dejar a sus rulos bien amarrados y que no la despeinen.

Ana en cambio, mientras está en la escuela, se la pasa enroscándose el pelo con el dedo con la esperanza de armar un rulo duradero.

Un día de invierno, cuando toda la familia sale de casa, el sol se asoma.

Al mediodía el cielo se pinta de nubarrones y al rato se larga una tormenta que oscurece el día.

Y llueve, llueve, llueve.

Y Laura no llevó paraguas para buscar a los chicos en la escuela y José se olvidó el piloto y Clara no alcanzó el colectivo.

Cuando llegaron a casa todos estaban empapados y corrieron a cambiarse la ropa. Nicolás hasta tuvo que sacarse el gorro para ponerlo a secar.

Laura hizo una sopa para curar el frío y cuando se sentaron a la mesa, se miraron y se empezaron a reír.

Los rulos bailaban en las cabezas, ¡tan contentos de andar sueltos! Hasta Ana tenía un rulo en la punta de su pelo lacio.

-Al fin -dijo-. Ahora sí me siento de la misma familia.

En Los preguntones 2. Aique Grupo Editor.



Adivinanza

"Se me ha perdido una letra,
cataplín, cataplín, cataplero.
Se me ha perdido una letra
de buche redondo y colita de tero.
La llevan las olas
y la lleva el sol
y es sonora y fuerte
como un caracol."

(La letra o)

Recopilación de adivinanzas por Carlos Silveyra
Ilustraciones por Carolina Loguzzo

Adivinanza

"Hay un gigante parado,
no muy bien estacionado.
Es fuerte como mil truenos
y se encuentra en Aires
Buenos."

(El obelisco)

Adivinanza

"Lucecitas de plata
en lugares lejanos.
Nunca podré alcanzarlas
con mis dos manos."

(Las estrellas)

Adivinanza

"Filo, filo, filo.
Yo le gano al hilo.
¡Y mucho cuidado!
o... te dejo pelado."

(La tijera)



Pasión por leer



MINISTERIO de
EDUCACIÓN
CIENCIA y TECNOLOGÍA
PRESIDENCIA de la NACIÓN

Campana Nacional de Lectura

Con el apoyo de:
Fundación
Noble
Grupo Clarín